

Liliana Weinberg, *Literatura latinoamericana. Descolonizar la imaginación*, México, CCyDEL-UNAM, 2004, 277 pp.

Los actuales debates sobre la producción crítica literaria latinoamericana encuentran en este libro una respuesta, que si bien no es una conclusión final, si nos sumerge en una reflexión por demás interesante, no sólo de la situación actual de la crítica, sino también del ensayo como vía de interpretación y sobre todo de la misma producción literaria.

La autora señala que con Mariátegui aparece una nueva configuración del ensayo y pone a dialogar las ideas del peruano con las de críticos, ensayistas y creadores latinoamericanos del siglo XX, teje una red muy amplia de posibilidades para acercarnos a la producción literaria. Presenta un panorama global de los asuntos más relevantes de la crítica latinoamericana, a partir de la producción ensayística, pasando por la poesía y la ficción. Así nos adentramos a lo que la autora llama “nueva generación de propuestas críticas” que han dado lugar a nuevas formas para conocer el hecho literario y relacionarlo con otras “series”, la histórica, la sociológica y la cultural, lo que nos permite tener nuevos enfoques críticos de la literatura latinoamericana más complejos, pero también más ricos.

En el capítulo I, *Hacia una interpretación de la literatura latinoamericana*, nos conduce por la obra de José Carlos Mariátegui y Pedro Henríquez Ureña, señala la coincidencia temporal en la aparición de los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* y los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, textos inaugurales de la producción ensayística latinoamericana que han dado origen a una reflexión original sobre el acontecer literario y cultural de Latinoamérica. Estas obras establecieron las bases para dar un nuevo sentido al ensayo, el cual debe entenderse como la vía de expresión propia de los intelectuales, mismo que desde el punto de vista de Mariátegui es necesario entender en diálogo constante con otras formas discursivas como el artículo, el discurso y la polémica, entre otros. De las “nuevas” características que Mariátegui señala para el ensayo está la organización, la

cual se refiere al orden que reciben sus propios textos, que no alcanzan un orden definitivo ni tampoco aparecen como algo acabado en tanto son susceptibles de modificaciones por parte de sus autores.

De manera minuciosa, la autora nos conduce por las obras críticas de Mariátegui y Pedro Henríquez Ureña para desentrañar los hilos conductores de las obras de estos pensadores, a través de las ideas que plantean en torno a la inserción de las obras literarias en el proceso de modernización y el replanteamiento de lo nacional, que como bien sabemos tiene su inicio a finales del siglo XIX y principios del XX, lo que dio origen al surgimiento de un nuevo intelectual que se mueve entre las demandas del proceso modernizador y la afirmación de los nacionalismos. Las preocupaciones de estos autores se manifiestan en un proceso de descolonización que ha tenido su génesis en el intelectual de finales de siglo XIX en donde temas como la especialización, el crecimiento editorial, el nuevo mercado y el lector, entre otros, dieron una serie de reflexiones que originaron también, un nuevo ensayo de interpretación.

Tanto para Henríquez Ureña como para Mariátegui el carácter colonial de la vida cultural y literaria no puede verse como algo cerrado, sino más bien como el momento en el cual emerge la necesidad de descolonizar la imaginación. Para estos autores el ejercicio de interpretación emite un juicio desde una posición comprometida, por lo que el crítico tiene que ser parte de las contiendas simbólicas que buscan modificar la realidad social.

El capítulo II, *Dos patrias: entre la forma de la moral y la moral de la forma* es, sin duda, uno de los capítulos más interesantes ya que nos permite vislumbrar con mayor claridad el origen de la modernidad literaria latinoamericana. A partir del pensamiento martiano se rastrea la definición de un campo literario en el modernismo, en el que se comienza a plantear el problema del artepurismo y la manera como el artista se enfrenta a los cambios tecnológicos. La posición de Martí ante este dilema es no sólo pionera, sino también la base del pensamiento de los escritores modernistas que aspiran a ser artistas autónomos que defienden su yo, es decir su espacio privado de producción literaria, en

contraposición al espacio público al que lo condiciona la nueva división del trabajo. Así, nos aproximamos a uno de los problemas fundamentales de la producción literaria: la tensión que se da en los escritores por discernir entre el mundo de la creación y el de la profesionalización, el trabajo especializado. El modernismo como parte de un proceso de consolidación de la modernidad económica, representada por el capitalismo, dio lugar en la literatura al surgimiento de un campo cultural independiente en el que se estableció una posición nueva entre el artista y la sociedad, que lo reubicó en una esfera pública diferente. De ahí la importancia que tienen estudios sobre el modernismo, que dan cuenta de una serie de trabajos en los que la relación literatura-sociedad es fundamental. La búsqueda de una poesía pura será el asunto de los escritores que procuran también un nuevo tipo de relación con el mundo tecnologizado que vive a un ritmo acelerado y en el que se incorporan elementos de las tradiciones populares, rasgos propios de las vanguardias del siglo XX. Así, el poeta tiene la tarea de inventar una nueva lengua que le permita nombrar las cosas a través de una poesía pura.

Liliana Weinberg retoma los conceptos de campo cultural de Pierre Bourdieu para realizar un reconocimiento del campo literario del modernismo. En este sentido vuelve a los puntos de vista de Darío sobre la poesía pura, reconoce que ésta es un elemento primordial en el nuevo campo simbólico al delimitar el espacio propio del artista. Así, deslinda y escinde también el trabajo remunerado de la creación libre. Otro de los autores a los que vuelve la autora es Rodó, y nos dice que con *Ariel*, el pensador nos conduce a las preocupaciones de los intelectuales de principios del siglo XX. El texto de Rodó sirve para que la autora, a partir de las ideas expuestas en *Ariel*, aborde el tema de la escisión entre el artista y el político y, por consiguiente, el surgimiento y quehacer del intelectual que ingresa al espacio público de manera distinta y tiene que crear un perfil diferente. El arielismo es así el elemento que sirve de unión para que se empiecen a definir varios campos: el artístico, el intelectual y el político, y Rodó será el modelo básico para definir el campo intelectual que está en etapa inicial. Los escritos que aborda la autora son el

marco en el que se refiere la tensión entre el artista y el intelectual; la definición del yo, del que da cuenta la obra artística, y a partir de ésta es que se podrá hacer un aporte como intelectual.

En *La dimensión simbólica de la obra literaria*, capítulo 3 del libro, se recalca la presencia de tres figuras señeras en el ensayo y sus aportaciones a la crítica literaria. El asunto que toca la autora es un tema relevante en la interpretación de la literatura latinoamericana: los procesos de simbolización que se realizan en las obras literarias, es decir, la literatura como un sistema simbólico. Se analizan los procesos de simbolización vinculados a la producción literaria, al tomar en cuenta que el texto literario se encuentra a su vez articulado con el horizonte simbólico social. Así se establece la relación entre la literatura y las ciencias de la cultura lo que ha dado lugar a la posibilidad de estudiar la literatura latinoamericana como un “sistema simbólico complejo, abierto, inclusivo y productivo”. Así, Liliana Weinberg establece que la literatura traduce simbólicamente las relaciones que se dan en otras esferas de la sociedad, por lo que es necesario, nos dice, aproximarnos a la literatura latinoamericana con la firme convicción de que estamos ante un sistema de producción e interpretación simbólica que nos permite establecer una relación entre la literatura y el contexto cultural. Es por eso que, al compartir los planteamientos de Erich Auerbach, propone abordar las obras literarias latinoamericanas como representación de un *ethos*, de un determinado sistema de valores y de una determinada cosmovisión.

El poeta tiene que dar nueva vida al pasado, a una cultura muerta para lo cual tendrá que hacer un viaje de reconocimiento. Con la interpretación de la poesía de Octavio Paz y la narrativa de Borges y García Márquez, Liliana Weinberg nos presenta de manera clara el proceso de simbolización que se establece entre el hombre y su pasado al recobrar la tradición cultural perdida, así como las nuevas formas de representación de la realidad. Al incorporar en el campo literario la ficción ocurren cambios sustanciales, con textos como “El Aleph” de Borges se funda una nueva forma de hacer literatura y también conduce a un proceso de simbolización e interpretación diferentes.

En el capítulo IV, *¿Existe una literatura latinoamericana?* Se nos plantea el problema de la existencia de un sector intelectual con la conciencia plena de que existe Latinoamérica, y en este sentido se señala que la literatura latinoamericana no se debe estudiar como una categoría cerrada, sino que debe pensarse a partir de los rasgos históricos y culturales, y que si bien se encuentra en etapa inicial también debe orientarse hacia el futuro. Por eso la autora retoma nuevamente la obra de Pedro Henríquez Ureña, quien hizo sus estudios sobre literatura en correlación con las corrientes culturales, y las ideas de Alfonso Reyes quien las enriqueció con una visión utópica.

Uno de los asuntos fundamentales que se derivan del cuestionamiento sobre la existencia de una literatura latinoamericana es el problema de la representación, que a su vez nos lleva al de la representatividad de la misma representación, es por eso que la autora propone el estudio de la obra literaria a partir de la lectura en sí misma y en este sentido se recobra la figura del lector, quien debe ser capaz de reconocer en el texto el proceso de creación y las diferentes relaciones que “crea” la propia obra literaria.

Para Liliana Weinberg la validez de realizar la pregunta sobre la existencia de una literatura latinoamericana nos permite formular una “indagación crítica” que conduzca a la exploración de asuntos relacionados con la literatura latinoamericana. Uno de estos asuntos es el de la relación historia y literatura, particularmente el de “hacer” una historia de la literatura que no deje atrás lo esencialmente literario, pero que tampoco se olvide de tomar en cuenta el surgimiento de distintas nociones (heterogeneidad, subdesarrollo, sistema, periferia, etc.) que nos permitan acercarnos a una historia de la literatura latinoamericana complementada y enriquecida.

Redefinir la ciudad y con ella la producción literaria que ha llegado a la masificación dando lugar a diversos tipos de literatura es el asunto que trata Liliana Weinberg en el capítulo V del libro, *América Latina y la experiencia literaria*. Los cambios vertiginosos en los se ha visto envuelto el mundo, es decir, la sustitución de la “ciudad letrada” por una

ciudad de grandes dimensiones: megalópolis, en donde los *mass media* desempeñan un papel relevante, así como el surgimiento de “nuevos” sectores de la sociedad han llevado a interpretar y comprobar las diferencias entre estos grupos sociales y las formas como acceden éstos a la cultura, tema principal de este capítulo. La autora señala entre la multitud de grupos sociales que procuran diferenciarse de otras comunidades y preservar sus rasgos propios a los chicanos, o bien la irrupción de un conjunto de escritoras desde principios de siglo XX. También es importante mencionar como uno de los asuntos a los que se enfrenta el hecho literario la disolución de fronteras entre los géneros así como los avances tecnológicos, fundamentalmente internet, y el análisis de temas específicos como la violencia. Sin duda un lugar especial lo ocupa, no sólo en este momento, el circuito de tradición oral, es decir, la oralidad en la producción literaria, tema de vital importancia para la agenda de la crítica literaria latinoamericana.

Uno de los aspectos más relevantes de este libro, y gran acierto de la autora, es abordar las ideas que plantea en torno a la crítica literaria a partir de textos poéticos. La poesía de Vallejo, de Paz y de Walcot Derek, entre otros, son el marco para realizar diversas calas y mostrarnos cómo la producción literaria responde no sólo a un elemento creativo, sino que es también producto de un entorno social.

Con las obras de Mariátegui y Henríquez Ureña se funda una nueva tradición crítica que tiene como objetivo fundamental repensar a América Latina y su producción literaria y cultural. En sus ensayos quedan expuestas sus consideraciones sobre la realidad histórica como “apoyo” para comprender la producción literaria y ésta como develadora de la realidad. Estos postulados serán la fuente de la cual otros pensadores retomarán ideas, a lo largo del siglo XX, los que a su vez enriquecerán (Ángel Rama, Antonio Candido, Antonio Cornejo Polar, Beatriz Sarlo, Carlos Monsiváis), permitiéndonos tener hoy en día una visión más completa de la producción literaria en Latinoamérica.

El libro, como ha quedado indicado, tiene como base, y al mismo tiempo hilo conductor, los textos de José Carlos Mariátegui y Pedro

Henríquez Ureña, los cuales se van conjugando con la producción ensayística y crítica latinoamericanas, pero todo quedaría en una reflexión teórica, que podría caer en el vacío, si Liliana Weinberg no abordara con gran intuición los obras literarias y las comentara desde diferentes interpretaciones, que dan muestra de una imaginación descolonizada al poner ante los ojos de los lectores textos y momentos decisivos de la producción literaria latinoamericana que sirven de apoyo a las ideas planteadas en este libro.

CONSUELO RODRÍGUEZ MUÑOZ
CCyDEL-UNAM